

## ¿QUÉ SIGNIFICA EL SOCIALISMO HOY?

### La revolución rectificadora y la necesidad de renovación de la izquierda

Recientemente se ha publicado una amplia gama de artículos sobre el fin de la ilusión socialista, sobre el fracaso de una idea e incluso sobre la necesidad de que los intelectuales de Europa Occidental, o al menos los alemanes, acepten su pasado<sup>1</sup>. En todos ellos se parte de cuestiones retóricas y se acaba afirmando que el pensamiento utópico y la filosofía de la historia conducen necesariamente a la sumisión. La crítica a la filosofía de la historia no es nada nuevo. Ya en 1953 se había traducido al alemán *El sentido de la historia*<sup>2</sup>, de Karl Löwith. Pero, ¿en qué términos se desarrolla el debate hoy? ¿Podemos calibrar el significado histórico de los cambios revolucionarios habidos en Europa Central y del Este? ¿Qué consecuencias puede tener la bancarrota del socialismo de Estado para aquellos movimientos políticos que hunden sus raíces en el siglo XIX y para las tradiciones teóricas de la izquierda occidental europea?

#### I

Los cambios revolucionarios han adoptado las formas más diversas en el bloque soviético. Las altas jerarquías del Partido Comunista han implementado un amplio proceso de reformas en la tierra de la Revolución bolchevique. Los resultados, o más bien sus imprevisibles consecuencias, se han condensado en todo un *proceso* revolucionario y no están teniendo lugar sólo a nivel de orientación política y social, sino que afectan a elementos esenciales de la estructura de poder. (Los cambios en las formas de legitimación debidos al nacimiento de una esfera público-política, el incipiente pluralismo político y la renuncia gradual al monopolio del poder estatal

---

<sup>1</sup> Publicado originalmente en lengua alemana bajo el título «Nachholende Revolution und linker Revisionsbedarf: was heißt Sozialismus heute?» en *Die Nachholende Revolution: Kleine Politische Schriften VII*, Fráncfort, 1990, pp. 179-204.

<sup>2</sup> Sobre la relación entre ética, pensamiento utópico y su crítica, *vid.* la aportación de Karl-Otto Apel a la obra colectiva de W. Voßkamp (ed.), *Utopieforschung*, vol. I, Fráncfort, 1985, pp. 325-255.

ejercido por el Partido resultan especialmente importantes en este contexto.) Hoy resulta muy difícil controlar un proceso que, por otra parte, se ve seriamente amenazado por los conflictos nacionalistas y económicos a los que ha dado lugar. Todos los implicados son conscientes de lo mucho que dependen del éxito de este duro proceso que ha creado las condiciones idóneas para el cambio en todo el este de Europa (incluidas las declaraciones de independencia de los Estados Bálticos) y Alemania del Este.

En Polonia, los cambios revolucionarios fueron el resultado de la insistente resistencia de Solidaridad, apoyada por la Iglesia católica; en Hungría se ha librado una lucha por el poder entre las elites políticas; en Alemania del Este y Checoslovaquia, los regímenes cayeron tras manifestaciones pacíficas de los ciudadanos, mientras que, en Rumanía, se desencadenó una sangrienta revolución; en Bulgaria, en cambio, el proceso ha sido lento. A pesar de la gran variedad de formas que ha adoptado la revolución en estos países, podemos descifrar su naturaleza observando lo ocurrido: esta revolución crea sus propios datos. Hasta cierto punto proyecta la imagen de una revolución que fluye hacia atrás, limpiando el terreno para poder impulsar los procesos no emprendidos hasta entonces. Los cambios habidos en la cuna de la Revolución bolchevique retienen algo de una opacidad que aún no somos capaces de expresar conceptualmente. Hasta el día de hoy no puede decirse que la revolución habida en la Unión Soviética se base en una retractación libre de ambigüedades; un retorno simbólico a febrero de 1917 o al San Petersburgo zarista carecería de sentido.

En Polonia y Hungría, en Checoslovaquia, Rumanía y Bulgaria, es decir, en aquellos países que no derivaron hacia las estructuras del socialismo a través de una revolución propia, sino que las adoptaron a consecuencia de la guerra y la llegada del Ejército Rojo, la abolición de las repúblicas populares se ha llevado a cabo bajo el signo de una vuelta a los viejos símbolos nacionales y, donde ha sido posible, se la ha definido como la continuación de las tradiciones políticas y los partidos del periodo de entreguerras. A medida que los cambios revolucionarios adquirían fuerza y se convertían en sucesos revolucionarios, pudimos apreciar cierta tendencia a la religación constitucional con el legado de las revoluciones burguesas. En el ámbito social y político se han retomado el comercio y otros modos de vida asociados al capitalismo avanzado propio de la Comunidad Europea. En el caso de Alemania del Este hay que llamar al proceso por su nombre: anexión (*Anschluss*), porque Alemania Occidental se ofreció a convertir a los alemanes del este en ciudadanos de una sociedad occidental rica, dotada de una constitución democrática. En este caso, los votantes no han ratificado aún lo que exigía la oposición cuando derrocó a la oligarquía de la Stasi al grito de: «¡Nosotros somos el pueblo!». Cuando lo hagan, sus votos tendrán un gran impacto histórico, porque nos permitirán interpretar este derrocamiento en clave de revolución rectificadora. Se trata de un proceso con el que se pretende solventar todo aquello que ha separado a la Alemania Occidental de la del Este en los últimos cuarenta años y crear una sociedad políticamente más satisfecha y económicamente más exitosa.

La revolución rectificadora quiere volver a la democracia constitucional y subirse al carro del capitalismo avanzado guiándose con modelos que, según las interpretaciones más ortodoxas, resultan superfluos tras la Revolución de 1917. Puede que sea lo que explique una característica muy peculiar de esta revolución, a saber, su total carencia de ideas innovadoras u orientadas hacia el futuro. Joachim Fest ha hecho una observación similar: «Estos sucesos tenían un núcleo oculto y confuso... no hacían hincapié en el aspecto de la revolución social que ha guiado a la mayor parte de las revoluciones de la historia moderna»<sup>3</sup>. Lo que confunde, porque nos retrotrae a un vocabulario supuestamente superado por la Revolución francesa: el cuadro reformista de regímenes políticos que se suceden unos a otros en un ciclo sin fin, como los descritos por los cuerpos celestes<sup>4</sup>.

De ahí que no resulte sorprendente que se hayan interpretado los cambios revolucionarios de las formas más diversas y mutuamente excluyentes. En las páginas siguientes quisiera referirme a los seis modelos interpretativos en torno a los que giran los debates. Los tres primeros abogan por la idea del socialismo, los últimos tres la critican. Cabe ordenar ambos grupos simétricamente en el orden siguiente: interpretaciones estalinistas, leninistas o comunistas-reformistas, por un lado; postmodernas, anticomunistas y liberales, por otro.

### *Interpretaciones correctivas*

Actualmente hay pocos *apologetas del estalinismo* y tienen poca relación entre sí. En su opinión, los cambios no son revolucionarios, sino todo lo contrario. Fuerzan una explicación marxista que ha perdido todo poder explicativo debido a lo anómalo de los procesos de inversión y reparación. Cada vez era más evidente lo que expresa una conocida fórmula: en Europa Central y Alemania del Este los de abajo ya no querían y los de arriba ya no podían seguir como hasta entonces. Al igual que en el caso de la toma de la Bastilla, lo que se esgrimió contra los Cuerpos de Seguridad del Estado fue la ira de las masas (y no sólo de un puñado de provocadores importados). La destrucción del monopolio estatal del poder guarda cierta semejanza con la ejecución de Luis XVI. Los hechos son tan irrefutables que ni siquiera los *leninistas* más nostálgicos pueden ignorarlos. De ahí que el historiador conservador Jürgen Kuszinsky hable de una «revolución conservadora» para dotar a los cambios del estatus de una reforma autopurificadora inscrita en un proceso revolucionario a largo plazo<sup>5</sup>. Es una forma de interpretar los hechos que aún se basa en la historia ortodoxa de la lucha de clases cuyo *telos* parece venir dado. Una filosofía de este tipo resulta dudosa incluso desde un punto de vista meramente metodológico. Más aún, no puede explicar el tipo de movimientos sociales, ni los

---

<sup>3</sup> *Frankfurter Allgemeine Zeitung* 30 (diciembre 1989).

<sup>4</sup> Cfr. K. Griewank, *Der neuzeitliche Revolutionsbegriff*, Fráncfort, 1973.

<sup>5</sup> *Die Zeit*, 29 de diciembre de 1989.

conflictos que han ido surgiendo o han sido provocados por las condiciones estructurales impuestas por los sistemas sociales y gubernamentales del socialismo de Estado. Mientras, Europa Central y Alemania del Este han ido evolucionando políticamente y no cabe describir adecuadamente los procesos a los que esta evolución ha dado lugar aludiendo a la idea de la autocorrección del socialismo de Estado.

La evolución descrita da forma, asimismo, a la mayor crítica formulada contra la tercera postura, ejemplificada por la vuelta de Dubček a la Plaza Wenceslas tras su exilio interno. También en Alemania del Este, un amplio porcentaje de la oposición que inició el movimiento revolucionario creía en el ideal del socialismo democrático, la denominada «vía media» entre un capitalismo atemperado por las instituciones propias del Estado del bienestar y el socialismo de Estado. Los leninistas creían que habría que rectificar las derivas equivocadas del estalinismo, pero los *comunistas reformistas* iban incluso más allá. Partiendo de muchas de las actuales corrientes teóricas del marxismo occidental, se aferraban a la premisa de que la interpretación leninista de la Revolución bolchevique había falseado el socialismo desde el principio, promoviendo la nacionalización (en vez de la socialización democrática) de los medios de producción y dando vía libre a unas estructuras de poder cada vez más autónomas, totalitarias y burocráticas. Existen otras versiones de la «vía media», según la interpretación de la Revolución de Octubre que uno suscriba. A tenor de la lectura más optimista, defendida, entre otros, por los líderes de la Primavera de Praga, habría que democratizar el socialismo de Estado lo más radicalmente posible, para crear un orden social mejor que el de las democracias occidentales de masas basadas en los sistemas de bienestar. Según otra versión, lo más que podría lograrse con la «vía media» entre los dos sistemas actualmente existentes sería una reforma radical del socialismo de Estado basada en la descentralización de los mecanismos de control y pensada para dar lugar a una economía crecientemente diferenciada, similar a la adoptada por los estados del bienestar de las sociedades capitalistas avanzadas tras la Segunda Guerra Mundial. Esta búsqueda de un equivalente podría culminar en un Estado no totalitario, es decir, basado en una democracia constitucional, en el que las ventajas (seguridad social relativa y crecimiento cualitativo) y las desventajas (en ámbitos como la evolución de las fuerzas productivas y la innovación) del sistema no fueran un mero remedo de las de las sociedades occidentales, sino su *complemento*. Los defensores de esta interpretación débil creen en la posibilidad de lo que recientemente se ha denominado un «mercado socialista» eficaz. Hay quien opina que una evolución de este tipo es imposible *a priori*; otros consideran que habría que averiguarlo recurriendo a la prueba y el error. Hasta una liberal tan militante como Marion Gräfin Dönhoff<sup>6</sup> cree que, puesto que se corrigen mutuamente, «el actual sueño de fundir socialismo y economía de mercado no es imposible, siempre que se le eche al asunto una buena dosis de imaginación y algo de pragmatismo»<sup>7</sup>. Este enfoque fa-

<sup>6</sup> Editor de *die Zeit*.

<sup>7</sup> *Die Zeit*, 29 de diciembre de 1989.

vorece un tipo de reforma comunista falibilista que, al contrario que las interpretaciones leninistas, no intenta predecir el curso de la historia.

Podemos dejar de especular sobre el potencial del socialismo de Estado para las reformas y la evolución hacia una democracia catalizada desde el interior. Sospecho que los drásticos efectos generados por el legado del estalinismo (y la creciente amenaza de la desintegración de la Unión en sus elementos constituyentes) deben llevarnos a abandonar este tipo de especulaciones también en el caso de la Unión Soviética. Si las premisas de mi interpretación son correctas, tampoco podremos contestar ya a la pregunta de si Alemania del Este podría haber optado por la «vía media», pues sólo podríamos haberlo averiguado realizando ese experimento «pragmático e imaginativo» legitimado por el consenso popular. Mientras, la mayoría de la población ha rechazado inequívocamente esta posibilidad. Tras cuarenta años de desastre no cuesta entender por qué. La decisión merece todo nuestro respeto, sobre todo teniendo en cuenta que nunca nos veremos afectados por las repercusiones negativas que pudiera tener el experimento. Volvamos, por lo pronto, a los tres modelos interpretativos que se muestran críticos con el socialismo.

### *Interpretaciones críticas*

Nunca se han articulado convincentemente las críticas más extremas. Según la *crítica de la razón postmoderna*, los levantamientos no violentos son una revolución para acabar con la época de las revoluciones; una especie de Revolución francesa dispuesta a arrancar de raíz el terror producto de la razón. Los desasosegantes sueños de la razón, que llevan doscientos años produciendo monstruos, han desaparecido. Pero no por ello ha despertado la razón: la razón misma es esa pesadilla que se desvanece cuando nos despertamos. Tampoco en este caso encaja el modelo de historia inspirado en Nietzsche y Heidegger, según el cual la Edad Moderna vive a la sombra de una subjetividad que quiere dotarse de poder. Es más, las recientes revoluciones rectificadoras adoptaron los métodos y estándares de un repertorio de la Edad Moderna que nos resulta muy familiar. Sorprendentemente, bastó la movilización de las masas en las calles y plazas para arrebatar el poder a un régimen armado hasta los dientes. O, mejor dicho, era el tipo de acción de masas espontánea que en tiempos inspirara a tantos teóricos revolucionarios y que suponíamos definitivamente muerto. Sin duda, todo ha sucedido por primera vez en el espacio poco ortodoxo, creado por la presencia permanente de los nuevos medios de comunicación electrónicos, de una arena internacional formada por observadores parciales con capacidad de participación. De hecho, las exigencias revolucionarias cobraron fuerza a través de una legitimación racional de la soberanía del pueblo y los derechos humanos. La aceleración de la historia desacreditó totalmente la imagen de estancamiento posthistórico, como también el cuadro, dibujado por los postmodernos, de una burocracia universal, de rigidez cristalina, al margen de cualquier forma de legitimación. El colapso del socialismo burocrá-

tico parece indicar que la modernidad extiende sus fronteras y que el espíritu de Occidente ha atrapado al Este, no sólo por su nivel tecnológico, sino también por sus tradiciones democráticas.

Desde un punto de vista *anticomunista*, los cambios revolucionarios en el Este parecen certificar la victoria final en la guerra mundial desencadenada por los bolcheviques en 1917; una revolución más rebelándose contra sus orígenes. La frase «guerra civil mundial» no es sino una traducción de otro término: «lucha de clases internacional», que, procedente del lenguaje de la teoría social, se traslada a la teoría del poder hobbesiana. Carl Schmitt dotó a esta metáfora política de un trasfondo histórico y filosófico. En su opinión, la filosofía de la historia fue uno de los efectos de la Revolución francesa, que compartía con ella la carga utópica de su ética universalista y se acabó convirtiendo en la catalizadora de una guerra civil, en principio ideada por las elites intelectuales y posteriormente proyectada a escala internacional. Cuando empezaban los conflictos entre Occidente y el Este, acababa de surgir una teoría completa de la guerra civil mundial<sup>8</sup>. Lo que se pretendía era criticar al leninismo, pero se dependía de él, al igual que el reflejo en el espejo precisa de un original que invertir. Sin embargo, los datos históricos escapan a las garras ideológicas incluso de un historiador tan destacado como Ernst Nolte, que ha afirmado recientemente que la guerra civil mundial ha concluido<sup>9</sup>, pues las partes implicadas están tan estilizadas que se acaban analizando las políticas encarnadas en figuras tan heterogéneas como Mussolini y Hitler, Churchill y Roosevelt o Kennedy y Reagan, como si todas estuvieran hechas de la misma arcilla anticomunista. La metáfora de la guerra civil mundial surgió en una fase especialmente caliente de la Guerra Fría, cuando se fijó como una descripción estructural posteriormente muy criticada y remodelada, hasta abarcar toda una era.

Nos queda la interpretación *liberal*, que en principio se limita a observar que el fin del socialismo de Estado marca el inicio de la desaparición de los gobiernos totalitarios del escenario europeo. La era iniciada por el fascismo toca a su fin. Han sido las ideas liberales sobre la organización social las que han acabado prevaleciendo en forma de democracias constitucionales, economía de mercado y pluralismo social. Parece que por fin se ha cumplido la profecía, en su momento un tanto fuera de lugar, del «fin de las ideologías»<sup>10</sup>. No hay que llegar a suscribir una teoría monolítica del totalitarismo ignorando las importantes diferencias existentes entre regímenes fascistas, nacionalsocialistas, estalinistas y postestalinistas para apreciar ciertas similitudes entre ellos y las democracias de masas de Occidente. La desaparición de este síndrome entre las burocracias socialistas europeas, así como en España y Portugal, y el concomitante desarrollo de una economía de mercado independiente del sistema político sugieren que el pro-

<sup>8</sup> H. Kesting, *Geschichtsphilosophie und Weltbürgerkrieg*, Heidelberg, 1959.

<sup>9</sup> *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 17 de febrero de 1990.

<sup>10</sup> D. Bell y R. Dahrendorf en *Die Zeit*, 29 de diciembre de 1989.

ceso de modernización se extenderá hacia Europa Central y del Este. No es que la interpretación liberal sea incorrecta, es que no ve la paja que tiene en el ojo.

### *Marx y la lógica de la «civilización»*

Existen variaciones más o menos triunfalistas de esta forma de interpretación que parecen tomadas de la primera parte del *Manifiesto comunista*, en el que Marx y Engels cantan el papel revolucionario desempeñado por la burguesía:

La burguesía, con el rápido perfeccionamiento de todos los medios de producción y con las facilidades increíbles de su red de comunicaciones, arrastra a la civilización hasta a las naciones más bárbaras. El bajo precio de sus productos es la artillería pesada con la que derrumba todas las murallas de la China, con la que obliga a capitular hasta a los salvajes más xenófobos y fanáticos. Obliga a todas las naciones a abrazar el régimen de producción de la burguesía o a perecer. Las obliga a implantar en su propio seno la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. Resumiendo, se crea un mundo a su imagen y semejanza... La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. Cada vez resulta más difícil mantener la unilateralidad y estrechez de miras nacionales; de las numerosas literaturas nacionales y locales surge una literatura universal<sup>11</sup>.

Sería difícil describir mejor el estado de ánimo que se desprende de las respuestas que dieron capitalistas ansiosos por invertir a un cuestionario de la Cámara de Comercio e Industria Alemana. Lo único que merece ciertas reservas es la cualificación «así llamada» del término civilización. Evidentemente, no se trata, en Marx, de conceder prioridad a la cultura (*Kultur*) sobre la civilización (*Zivilisation*), sino de la expresión de una duda más profunda, a saber, la de si la civilización puede permitirse caer *rendida* a los pies de la corriente impulsora desatada por uno de sus subsistemas: un sistema económico dinámico o, como diríamos hoy, centrado en los recursos, que sólo funciona y es estable traduciendo y procesando toda la información relevante en el lenguaje del valor económico. Marx creía que toda civilización que se somete al imperativo de la acumulación de capital lleva en sí la semilla latente de su propia destrucción, al ignorar todo lo que, por importante que sea, no pueda expresarse en forma de precio.

Evidentemente, hoy en día el agente encargado de la expansión ya no es la burguesía de 1848, como en tiempos de Marx. Ya no se trata de una clase que gobierna en el marco de unas fronteras nacionales, sino de un sistema económico anónimo que opera a nivel mundial y ha roto cualquier

---

<sup>11</sup> K. Marx, «The Communist Manifesto», en D. Fernbach (ed.), *The Revolutions of 1848*, Harmondsworth y Londres, 1973, p. 71 [ed. cast.: *Manifiesto comunista*, Madrid, Akal, 2004].

vínculo que pudiera haber establecido, en su momento, con una estructura de clase identificable. Las sociedades actuales que han alcanzado la «cima económica» del sistema tampoco se parecen mucho al Manchester cuyas miserias describiera Engels de forma tan evocadora, pues en el tiempo que media entre ellos y nosotros se ha hallado una respuesta a las descarnadas palabras del *Manifiesto comunista* y a las tenaces luchas del movimiento obrero europeo: el Estado del bienestar. No deja de resultar irónico que siga siendo Marx el que nos dé la mejor descripción de una situación en la que el capital rebaña unos mercados corroídos por el socialismo de Estado en busca de oportunidades para invertir. La idea resulta tan provocadora como el hecho de que se hayan incorporado las dudas de Marx a las estructuras de las sociedades capitalistas más avanzadas.

¿Significa esto que el «marxismo como crítica»<sup>12</sup> está tan acabado como «el socialismo realmente existente»? Desde un punto de vista anticomunista, que no distinga entre teoría y práctica, la tradición socialista no ha aportado más que problemas. Desde la perspectiva liberal, todo lo que podía resultar de utilidad del socialismo ya se ha puesto en práctica en la era de la socialdemocracia. ¿Es que la aniquilación del socialismo de Estado en la Europa del Este ha secado las fuentes de las que extraía su inspiración teórica y sus valores básicos la izquierda europea? Un Biermann desilusionado, cuya predisposición a la utopía se ha truncado en melancolía, propone una respuesta dialéctica: «Que nos den las palas, enterremos de una vez a ese pequeño cadáver de gigante. Hasta Cristo tuvo que permanecer tres días bajo tierra antes de realizar su truquito: ¡lástima de resurrección!»<sup>13</sup>. A ver si somos capaces de encontrar una respuesta menos dialéctica.

## II

La izquierda no comunista de Alemania Occidental no tiene razón alguna para vestir de luto o esparcir cenizas, pero tampoco puede pretender que no ha pasado nada. No se la puede culpar de coautoría en la gestación de la bancarrota de un socialismo de Estado al que siempre criticó. Pero debe preguntarse cuánto tiempo puede esgrimirse una idea contra la realidad.

Los responsables de haber acuñado la tímida y pleonástica expresión «socialismo realmente existente» parecen querer retener obstinadamente cierto aire de *Realpolitik*: prefieren el pájaro en mano. ¿Basta, por lo tanto, con señalar que la paloma que anida en el tejado pertenece a una especie diferente y bajará hasta nosotros, de todos modos, un día de éstos? Hasta los ideales, la otra cara de las réplicas, precisan de corroboración empíri-

---

<sup>12</sup> Se trata del título de un ensayo en el que, por primera vez, me ocupé sistemáticamente del marxismo (1960). La versión inglesa se halla en Jürgen Habermas, *Theory and Practice*, Londres, 1974, [ed. cast.: *Teoría y praxis: estudios de filosofía social*, Madrid, Tecnos, 2008].

<sup>13</sup> *Die Zeit*, 2 de marzo de 1990.



ca si no quieren perder su capacidad orientadora de la acción. Lo único que puede perder un idealista que parta de premisas falsas es su diálogo. Asume que el socialismo es una idea que permite analizar la realidad de forma abstracta y acaba siendo presa de la impotencia del «deber ser» moral (por no hablar del total desprecio hacia la humanidad que se ha traslucido en todo intento de hacerlo realidad). Sin duda, existe una fuerte conexión entre este concepto y la intuición normativa de la necesidad de gestar una coexistencia pacífica, que no requiera sacrificar la solidaridad y la justicia en aras de la autorrealización y la autonomía. Sin embargo, la tradición socialista no debería describir esta intuición aludiendo directamente a la teoría normativa para crear un ideal que oponer a una realidad opaca. Debería, en cambio, partir de una perspectiva desde la que pueda observarse y analizarse críticamente la realidad. La intuición normativa debería desarrollarse y corregirse durante el proceso analítico mismo, para así probar indirectamente la capacidad explicativa del modelo teórico, describir la realidad y transmitir su contenido empírico.

### *Errores y defectos*

El marxismo occidental<sup>14</sup> se ha atenido a este criterio desde la década de 1920 para infligirse a sí mismo una crítica que ha dejado poco de la teoría original. Mientras la práctica emitía su veredicto, la realidad (revestida de toda la monstruosidad propia del siglo xx) planteaba argumentos a nivel teórico. Me gustaría señalar algunos ejemplos que demuestran hasta qué punto Marx y sus sucesores inmediatos seguían anclados en el limitado contexto original propio de la industrialización incipiente, a pesar de todas sus críticas a las primeras formas de industrialización.

a) El análisis partía de fenómenos que sólo surgen en el seno de una sociedad basada en el trabajo. Al elegir este paradigma concreto se está dando prioridad a un concepto de práctica limitado, que atribuye un papel claramente emancipador al trabajo en la industria y al desarrollo de la tecnología de la producción. Se supone que son las formas de organización que brotan de la concentración de la mano de obra en fábricas las que crean una infraestructura que permite el desarrollo de una asociación de productores, la concienciación y la acción revolucionaria. Se trata, sin embargo, de un punto de partida productivista, que no tiene en cuenta ni las ambivalencias generadas por nuestro creciente control de la naturaleza, ni el potencial para la integración social que se oculta tras la esfera social del trabajo y más allá.

b) Además, el análisis dependía de una concepción holística de la sociedad. Pero la división de clases y, en época moderna, la objetivación de la violencia de los procesos económicos capitalistas tienden a romper y mu-

---

<sup>14</sup> Martin Jay nos ofrece una panorámica sobre el tema en su libro *Marxism and Totality*, Berkeley, 1984.

tilar lo que originalmente era un todo desde el punto de vista ético. El potencial utópico de una sociedad basada en el trabajo, expresado con ayuda de los conceptos básicos acuñados por Hegel, ha servido de inspiración a la crítica científica de la economía política. Permite pensar que la acumulación de capital no es sino una ilusión que, de eliminarse, se disolvería desvelando la forma objetiva subyacente, que podría someterse al control racional. Este tipo de teorías no tienen en cuenta la resistencia inherente a los sistemas de economía de mercado diferenciados, cuyos mecanismos reguladores no cabe reemplazar por ningún tipo de planificación administrativa sin poner en peligro el nivel de diferenciación alcanzado en las sociedades modernas.

c) El análisis era presa de una concepción excesivamente concreta del conflicto y los agentes sociales, en la medida en que basaba sus cálculos en las clases sociales o los macrosujetos históricos supuestamente responsables de los procesos productivos y reproductivos de una sociedad. Las sociedades complejas, en las que no existen conexiones simples entre las estructuras sociales, subculturales y regionales superficiales, por un lado, y las estructuras profundas propias de un sistema económico diferenciado (a lo que hay que añadir la intervención estatal complementaria) se cuelan por la rejilla. La teoría del Estado adolece del mismo error y no parece que se la pueda rescatar añadiendo cierto número de hipótesis complementarias.

d) El análisis limitado y funcionalista de la democracia constitucional ha generado consecuencias prácticas más graves que el resto de los defectos a los que nos hemos referido hasta el momento. Marx califica despectivamente a esta forma de gobierno, encarnada en la Tercera República, de «democracia vulgar». En su opinión, las repúblicas democráticas eran la última forma de Estado de las sociedades burguesas y sería en este terreno donde se libraría la lucha de clases final. Sin embargo, nunca consideró a sus instituciones más que desde un punto de vista puramente instrumental. En la *Crítica al programa de Gotha* se aprecia claramente que, para Marx, la única forma aceptable de democracia era una sociedad comunista. De este texto, al igual que de su crítica a la teoría del Estado de Hegel, se desprende que la libertad consiste únicamente en «hacer de un órgano que está por encima de la sociedad algo subordinado a ella». No dice nada, sin embargo, sobre cómo institucionalizar la libertad y parece ser incapaz de imaginar formas institucionales que vayan más allá de una dictadura del proletariado que, en su opinión, sería necesaria durante la «fase de transición». La ilusión saint-simoniana de una «administración de las cosas» reduce la necesidad de un foro democrático para la resolución de conflictos, en la medida en que parece bastar con la autoorganización espontánea del pueblo descrita por Rousseau.

e) Por último, se trata de un análisis muy influenciado por una estrategia teórica hegeliana que pretende combinar las exigencias de infalibilidad de la tradición filosófica con las nuevas formas historicistas de pensamiento. Sin embargo, lo único que se consigue al historizar lo que sabemos de una esencia es reemplazar la teleología del ser por la de la historia. Los presu-

puestos normativos secretos de las teorías de la historia se naturalizaron adoptando la forma de conceptos que captaban la evolución del progreso. Lo cual tuvo desafortunadas consecuencias, no sólo en lo referente a la base normativa de la teoría misma, que permanece así inexplicada, sino también en otras áreas. Además, una teoría de este tipo (al margen de su contenido específico) vela el margen de contingencia en el que se mueve toda práctica guiada por la teoría. Al eliminar la sensación de riesgo que experimentan los que padecerán las consecuencias de la acción, fomenta un tipo de vanguardismo más que cuestionable. Por otro lado, un conocimiento totalizador de este tipo se cree con derecho a emitir diagnósticos clínicos holísticos sobre el grado de alienación o el éxito de modos de vida concretos, lo que explica la tendencia a considerar que el socialismo es una forma concreta de práctica ética históricamente privilegiada, aunque lo *más* que pueda hacer una teoría sea describir las condiciones necesarias para llevar una vida libre. Son los implicados los que deben decidir, entre ellos, la forma en que debe concretarse.

f) Teniendo en cuenta estos errores y defectos que aparecen dispersos, en diversos grados, a lo largo y ancho de la tradición teórica que va de Marx y Engels hasta Kautsky, se entiende mejor cómo pudo degenerar el marxismo, en su variante estalinista, hasta convertirse en una ideología capaz de legitimar lo inhumano, en una «vivisección a gran escala de vidas humanas» (Biermann). Es evidente que no se puede legitimar desde la doctrina marxista ortodoxa el paso teórico y práctico dado por Lenin hacia el *marxismo soviético*<sup>15</sup>. Es más, las debilidades de las que hemos hablado en los puntos a) a e) son condiciones (evidentemente, ni necesarias ni suficientes) que conducen al abuso, o incluso a la inversión total, del propósito original.

### *El precio de la socialdemocracia*

En cambio, el *reformismo social y democrático* defendido por autores de la talla de Karl Renner u Otto Bauer se desembarazó relativamente pronto de una concepción holística de la sociedad, del engorro de la dinámica autónoma del sistema de mercado, de la idea dogmática de la estructura y lucha de clases, de la falsa evaluación del contenido normativo de la democracia constitucional y de propuestas evolucionistas latentes. Lo cierto es que, hasta muy recientemente, lo que subyacía a la política del día a día era un paradigma social productivista basado en el trabajo. Tras la Segunda Guerra Mundial, los partidos reformistas dejaron de plantearse problemas teóricos y se volvieron pragmáticos, gestando lo que sin duda ha sido su mayor éxito, el Estado del bienestar, cuyos efectos han calado hondo en la estructura social. La izquierda radical siempre ha subestimado el alcance de esta forma de intervencionismo.

---

<sup>15</sup> Herbert Marcuse, *Soviet Marxism*, Harmondsworth, 1971 [ed. cast.: *El marxismo soviético*, Madrid, Alianza, 1975].

Sin embargo, los socialdemócratas se sorprendieron mucho al constatar la resistencia sistémica inherente a un poder estatal que no era un instrumento neutral a la hora de universalizar los derechos civiles en el seno del Estado del bienestar. No es que el Estado del bienestar fuera una ilusión, lo que era ilusorio era creer que se podrían alcanzar modos de vida emancipada por medios meramente administrativos. Además, los involucrados en la creación de satisfacción social por medio del intervencionismo estatal se vieron progresivamente atrapados en la trampa de un creciente aparato de Estado. A la absorción de los partidos políticos por parte del Estado se unió el desplazamiento de la formación de la voluntad democrática debido a la irrupción de un sistema político que se autoprogramaba en gran medida; algo que constataron, con gran sorpresa, los ciudadanos de Alemania del Este cuando se libraron de la policía secreta y el Estado de partido único en la primera campaña electoral organizada por los ciudadanos de la zona occidental. La democracia de masas occidental reúne todas las características de un proceso de legitimación controlado.

Por lo tanto, la socialdemocracia ha pagado dos veces por su éxito. Ha renunciado a la democracia radical y ha aprendido a vivir con las indeseables consecuencias del crecimiento económico capitalista, así como con las peculiaridades inherentes a un mercado de trabajo que entraña riesgos que las políticas de bienestar pueden paliar, pero no eliminar. Éste es el precio que hubo de pagar la *izquierda no comunista*, situada a la izquierda de la socialdemocracia, para sobrevivir. Se trata de una izquierda no comunista que adopta muchas formas distintas y mantiene viva la idea de que hubo un tiempo en que el socialismo era mucho más que unas cuantas políticas estatales de bienestar. Sin embargo, el hecho de que siga apareciendo en sus programas un socialismo autogestionado muestra lo difícil que resulta distanciarse de una concepción holística de la sociedad y renunciar a la idea de que, apretando un botón, se pueda pasar de procesos de producción dirigidos por el mercado a procesos de producción regulados. Era la mejor forma de mantener intacto el vínculo clásico entre teoría y práctica, pero también de garantizar que la teoría se volvería ortodoxa y la práctica sectaria.

En lo referente a la práctica política, hace mucho ya que la creciente diferenciación entre instituciones ha pasado factura a la tradición teórica. Hoy el marxismo es un método de investigación, más o menos marginal, de los muchos a los que se recurre en la vida académica. Este proceso de «academización» ha dado lugar a revisiones que ya iban siendo necesarias y a fértiles cruces con otros enfoques teóricos. De hecho, fue la fusión de Marx y Max Weber la que despejó el campo para el surgimiento del discurso sociológico en tiempos de Weimar. Desde entonces, el marxismo occidental se ha autocriticado, básicamente en las universidades, generando un pluralismo mediado, en gran medida, por los debates académicos. Ideas interesantes y conflictivas, como las planteadas por Pierre Bourdieu, Cornelius Castoriadis o Alain Touraine, Jon Elster o Anthony Giddens, Claus Offe o Ulrich Preuss, demuestran que la tradición iniciada por Marx sigue estimulando con gran dinamismo a los intelectos. Cuenta con la ventaja de ser es-

tereoscópica: no se centra en aspectos superficiales del proceso de modernización ni queda confinada al patio trasero de la razón instrumental, sino que reacciona ante las ambigüedades que se registran en el proceso de racionalización que está en la base de la sociedad. Es como arar tierra fértil; el arado abre la superficie y remueve la tierra que hay debajo. Muchos han aprendido de Marx, cada cual a su manera, la forma de convertir la dialéctica de la Ilustración de Hegel en un proyecto de investigación. Aun así, hoy la tradición marxista, sólo puede partir de las objeciones que he enumerado en los puntos a) a e).

### *El socialismo hoy: ¿un punto de vista estrictamente moral?*

He pretendido resumir la posición en la que se hallaba la izquierda no comunista cuando Gorbachev desencadenó el fin del socialismo de Estado. ¿En qué medida han cambiado las cosas los dramáticos sucesos del otoño pasado? ¿Acaso las personas de izquierdas deben limitarse a representar un punto de vista exclusivamente moral y no permitir que el socialismo sea algo más que una idea? Ernst Nolte está dispuesto a conceder a la izquierda un «socialismo ideal», es decir, a convertirlo en «un correctivo, un límite-guía» incluso «indispensable», pero, evidentemente, continúa diciendo que «cualquiera que quiera actualizar ese límite corre el riesgo de volver a caer en ese “socialismo real” que hemos aprendido a temer, por muy valiente que sea su retórica en contra del estalinismo»<sup>16</sup>. Si hiciéramos caso de este amable consejo desactivaríamos el socialismo, reduciéndolo a una idea meramente reguladora, cuya relevancia sería puramente privada y situaría a la moralidad en algún lugar más allá de la práctica política. Sería más coherente dejar de manipular la idea de socialismo y renunciar a él. ¿Debemos mostrarnos de acuerdo con Biermann cuando afirma que el «socialismo ha dejado de ser una meta»?

Si lo leemos en la clave romántica y especulativa de los *Manuscritos económicos y filosóficos*, veremos que la disolución de los medios privados de producción se erige en «la solución al enigma planteado por la historia». En otras palabras, supuestamente implica la creación de relaciones de cooperación entre las personas que les permita dejar de estar *alienadas* en relación a sí mismas, al producto de su trabajo y al resto de los seres humanos. Para el socialismo romántico, la disolución de la propiedad privada implica la completa emancipación de los sentidos y cualidades humanos, el fin del conflicto entre cosificación y actividad autónoma, entre libertad y necesidad, entre individuo y especie. Pero no hubimos de esperar a las críticas más recientes vertidas en torno al tema de las falsas totalizaciones de la filosofía de la reconciliación, ni a Solzhenitsyn, para hacernos una idea. Hace mucho que hemos descubierto dónde están las raíces que vinculan al socialismo romántico con su contexto original de industrialización tem-

---

<sup>16</sup> *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 19 de febrero de 1990.

prana. La idea de la libre asociación de productores siempre se ha visto lastrada por imágenes nostálgicas de otros tipos de comunidad: la familia, la vecindad o el gremio, que formaban parte del mundo de los campesinos y los artesanos. Los albores de la competitividad social estaban abriendo brechas en sus filas y su desaparición se consideró una pérdida. La idea es que, desde aquellos días, no ha dejado de existir un vínculo entre la preservación de estas comunidades erosionadas y las nuevas formas de interacción social de la industrialización temprana. En el fondo, se trataba de salvar y transformar a las fuerzas de integración social, que se estaban quedando obsoletas. El socialismo del que Marx no habló tiene dos caras, como Jano, pues mira tanto a un pasado idealizado como a un futuro dominado por el trabajo en las fábricas.

### *La racionalidad como presupuesto*

Según la *interpretación concretista*, obviamente, el socialismo ha dejado de ser una meta y, en el fondo, nunca lo fue. Puesto que actualmente vivimos en sociedades con niveles de complejidad mayores, debemos someter las implicaciones normativas de esta formulación teórica decimonónica a un proceso de abstracción radical. Las condiciones de comunicación necesarias para obtener una confianza justificada en las instituciones propias de la autoorganización racional de una sociedad compuesta por ciudadanos libres e iguales adquieren la máxima importancia cuando uno se adhiere a la crítica a ciertas formas de poder naturalizadas e ilegítimas. Lo cierto es que la solidaridad sólo puede experimentarse en el contexto de ciertos modos de vida social que hemos heredado o hemos elegido, apropiándonos críticamente de ellos. Sin embargo, en el marco de una sociedad en la que existe una integración política a gran escala, sobre todo teniendo en cuenta el horizonte de las redes de comunicación internacionales, la coexistencia basada en la ayuda mutua, incluso entendida en sus propios términos, no puede ser más que una idea *abstracta*: una expectativa intersubjetiva y legítima. Cabría esperar que todo el mundo justificara la necesidad de que la institucionalización del proceso que evite la formación de una opinión pública o una voluntad política democrática exclusivista adopte una forma racional y eficaz. La *racionalidad* se basa en el significado normativo del que se dota a los procesos democráticos y debería garantizar que se pueden tratar todas las cuestiones socialmente relevantes y hallar soluciones imaginativas y sólidas que, sin incidir sobre la integridad de los individuos y las formas de vida social, contribuyan a promocionar el interés de todos. La idea de *eficacia* remite a la cuestión, básicamente materialista, de si y de cómo puede organizarse un sistema social diferenciado que carezca de cumbre o de centro. Ya no podemos seguir imaginando que el «auto» antepuesto a «organización» se encarnará en macrosujetos como las clases sociales de las teorías de clases o el pueblo al que se refiere la soberanía popular.

Si intentamos concebir las relaciones de ayuda mutua en abstracto es con el objeto de distanciarnos de las simetrías del reconocimiento mutuo que

la teoría de la acción comunicativa da por supuestas. Permiten, ante todo, individualizar y dotar de autonomía a los sujetos socializados, les ayuda a romper con la práctica ética concreta de las formas de conducta naturalizadas y generalizarlas con la ayuda de formas reflexivas de acuerdo y compromiso que podemos salvaguardar por medio de la institucionalización jurídica. El «auto» de esta sociedad «autoorganizada» se pierde en formas de comunicación que, careciendo de sujetos, modulan el flujo discursivo que regula la opinión pública y la formación de la voluntad política, de modo y manera que podamos seguir presuponiendo que sus falibles resultados son racionales. Al diluirse la soberanía popular en la intersubjetividad se vuelve anónima, para luego reintegrarse en el proceso democrático y en los procesos comunicativos legitimadores que rigen su implementación<sup>17</sup>. Hay un lugar atópico en la interacción entre un proceso constitucional que rige la formación de la voluntad política y unas esferas públicas culturalmente movilizadas. No sabemos si las sociedades complejas seguirán arropadas en una soberanía popular procedimentalista, ni si las redes intersubjetivas y los mundos de la vida basados en la comunicación se han deteriorado hasta el punto de que nunca podremos volver a atraer a ese mundo de la vida a los sistemas económicos autónomos y a los procesos autoprogramados de la administración del Estado, ni siquiera con la ayuda de formas de regulación totalmente indirectas. La teoría no tiene respuestas y debemos reformular las preguntas de forma práctica y política. Se trataba, por lo demás, de un tema fundamental para un materialismo histórico que no entendía que su teoría sobre la relación existente entre la base y la superestructura era una hipótesis ontológica sobre el ser social. Creía que era un sello que convenía romper para que las formas de interacción humana escaparan a la magia de una sociabilidad que se había transformado en violencia.

### III

En lo referente a la *comprensión* de estas intenciones, los cambios revolucionarios que han tenido lugar ante nuestros ojos nos han dado una buena lección: las sociedades complejas son incapaces de reproducirse al margen de la lógica de una economía que se autorregula a través del mercado. Los sistemas económicos de las sociedades modernas, basados en el dinero, son tan autónomos como los sistemas de administración; ambos se encuentran al mismo nivel y sus funciones se complementan mutuamente sin que quepa subordinar los unos a los otros<sup>18</sup>. A no ser que ocurra algo totalmente sorprendente en la Unión Soviética, nunca descubriremos si las relaciones de producción propias del socialismo de Estado hubieran podido acomodarse a la vía media hacia la democratización. Pero incluso su aparente conversión

---

<sup>17</sup> J. Habermas, «Volkssouveranität als Verfahren», en *Forum für Philosophie* (ed.), *Die Ideen von 1789*, Fráncfort, 1989, pp. 7-36.

<sup>18</sup> No se trata de la «concesión pragmática» que algunos de mis críticos de izquierda creen que es, sino que ello es consecuencia más bien de una forma de entender la teoría sociológica que quiere superar las concepciones holísticas.

al capitalismo internacional y su actuación en los mercados no suponen una vuelta a las relaciones de producción que los movimientos socialistas quisieron superar. Afirmarlo sería subestimar las transformaciones sufridas por las sociedades capitalistas, sobre todo tras la Segunda Guerra Mundial.

### *La desmovilización y reconstrucción de la sociedad industrial*

Allí donde el acuerdo sobre las políticas de bienestar se ha incardinado en las estructuras sociales, constituye la base de la que ha de partir cualquier tipo de política. Claus Offe hizo un comentario irónico sobre cómo se expresa esto en el consenso sobre metas sociales y políticas que se han de perseguir: «A medida que la imagen del socialismo realmente existente se vuelve más y más oscura, más y más lúgubre, nos vamos convirtiendo en “comunistas” en la medida en que somos incapaces, en último término, de liberarnos de nuestra preocupación por los asuntos públicos y nuestro espanto ante la posibilidad de que la sociedad mundial entre en una deriva catastrófica»<sup>19</sup>. No es que la caída del Muro de Berlín haya solucionado ni uno sólo de los problemas concretos que tiene nuestro sistema. La indiferencia de la que hace gala la economía de mercado ante los costes externos con los que carga al entorno social y natural está sembrando de crisis el crecimiento económico, generando desigualdades entre las familias y marginados en el interior y atraso económico, cuando no recesiones y condiciones de vida propias de bárbaros, expropiaciones culturales y hambrunas en el Tercer Mundo. Eso por no hablar del riesgo generalizado que supone alterar el equilibrio de la naturaleza. La necesidad de un *control* social y ecológico de la economía de mercado fue la fórmula utilizada internacionalmente para generalizar los mecanismos de control con los que la socialdemocracia quería poner freno al capitalismo. La interpretación dinámica de la desmovilización social y ecológica y la reconstrucción de la sociedad industrial ha sido bien recibida incluso más allá de los limitados círculos de los Verdes y la socialdemocracia. Hoy, éste es el tema central de los debates. Surgen preguntas sobre su viabilidad, sobre el calendario y el modo de lograr metas fijadas o, en teoría, al menos aprobadas en común. También existe cierto consenso en torno a la necesidad de que la acción política que quiera influir sobre los mecanismos autorreguladores del sistema sea indirecta y se dirija desde el exterior para no alterar su autonomía. De resultados de lo anterior, los argumentos en torno a las formas de propiedad han perdido todo significado doctrinal.

No obstante, el desplazamiento de la lucha desde las metas sociales y políticas al modo de hacerlas operativas, es decir, a la elección y ejecución de las políticas adecuadas, no ha solventado las características y fundamentales diferencias de opinión en torno a este extremo. Al igual que antes, se plantea un agudo conflicto entre los que recurren a los imperativos del sistema económico para vetar cualquier exigencia que altere el *statu quo* y los que

---

<sup>19</sup> *Die Zeit*, 8 de diciembre de 1989.



desean aferrarse a la palabra «socialismo» hasta que se elimine el defecto congénito del capitalismo: trasladar los costes sociales del equilibrio del sistema al destino privado del paro<sup>20</sup>. Quieren mantenerla mientras las mujeres no gocen de una igualdad genuina y no se ponga freno a la destrucción del mundo de la vida y la naturaleza. Desde el punto de vista de este reformismo radical, el sistema económico no es lo más sagrado de lo sagrado, sino un campo de pruebas. Incluso el Estado del bienestar, con su capacidad para tener en cuenta el carácter peculiar de esa mercancía denominada «fuerza de trabajo» es un producto, fruto del intento de descubrir *cuanta tensión* puede soportar el sistema económico cuando se trata de cubrir necesidades sociales que no cubre la lógica de inversión de las empresas.

En estos años, el establecimiento de los estados del bienestar ha adquirido algo de reflexivo. La tendencia al legalismo y la burocracia, efectos secundarios de la puesta en marcha del proyecto, ha acabado con la ingenua idea de que el poder administrativo podía ser un espacio neutral que la sociedad podría usar para influir sobre sí misma<sup>21</sup>. Hoy, el Estado intervencionista precisa de un freno social. Hay que aplicar la misma combinación de poder y autorrestricción inteligente que definía a las estrategias políticas pensadas para limitar cuidadosamente y regular indirectamente el crecimiento capitalista tras las líneas de la planificación administrativa. Para solucionar este problema tendremos que alterar la relación entre esferas públicas autónomas, por un lado, y aquellos ámbitos de actividad dirigidos por el dinero y el poder administrativo, por otro. La clave para reflexionar en torno a esta empresa está en la soberanía, una soberanía fluida, comunicativa, que se haga oír en los debates, argumentos y propuestas de solución para generar una comunicación pública libre. Debe, no obstante, adoptar la forma de decisiones tomadas en instituciones organizadas democráticamente, ya que hay que atribuir responsabilidades a instituciones concretas por las decisiones que puedan tener consecuencias prácticas. El poder que genera la acción comunicativa puede influir sobre los fundamentos de los procesos de evaluación y toma de decisión de las administraciones públicas sin eliminarlos del todo, de modo que se puedan traducir sus exigencias normativas al único lenguaje que la fortaleza asediada entiende. Cultiva ese tipo de argumentos que la administración, inscrita en un marco constitucional, no puede ignorar, aunque los considere exclusivamente en su vertiente instrumental.

### *Dinero, poder y solidaridad*

Las sociedades modernas sacian su necesidad de regulación en tres fuentes: el dinero, el poder y la solidaridad. El reformismo radical ya no se caracteriza por las exigencias clave que pueda plantear, sino por centrarse en

---

<sup>20</sup> Algunas ideas sobre una seguridad básica que no dependiera de los salarios pueden verse en G. Vobruba (ed.), *Strukturwandel der Sozialpolitik*, Fráncfort, 1990.

<sup>21</sup> J. Habermas, «Die Kritik des Wohlfahrtsstaates», en *Die neue Unübersichtlichkeit*, Fráncfort, 1985, pp. 141-166.

el progreso social y exigir una redistribución del poder: la fuerza socialmente integradora de la solidaridad debería estar en condiciones de reclamar su lugar junto a las demás fuerzas sociales, como el dinero y el poder de la administración, a través de una amplia gama de foros e instituciones democráticos. Se trata de una expectativa «socialista», en la medida en que podemos transferir las estructuras de reconocimiento mutuo que usamos en la vida cotidiana a la esfera de las relaciones sociales mediadas jurídica y administrativamente de manera que, con ayuda de las condiciones básicas para una buena comunicación, se puedan gestar procesos no excluyentes para la formación de la opinión pública y una voluntad política democrática. Las áreas del mundo de la vida especializadas en comunicación, que heredaron ciertos valores y cultura al integrar a diversos grupos y socializar a las nuevas generaciones, siempre han dependido de la solidaridad. Los procesos democráticos radicales para la formación de una opinión pública y una voluntad política deben extraer fuerza de la misma fuente si quieren tener algo que decir sobre dónde deberían situarse los límites y cómo habrían de regularse los intercambios entre las esferas de la vida comunicativamente estructuradas, por un lado, y el Estado y la economía, por otro.

Evidentemente, que las ideas sobre una democracia radical tengan o no futuro dependerá de cómo enfoquemos el problema<sup>22</sup>, de la imagen política que prevalezca. Si los únicos problemas que se tratan con urgencia en la arena pública de las sociedades avanzadas son aquellos que parecen amenazar la estabilidad de los sistemas administrativos y económicos, si es este tipo de problema el que acaba predominando en las descripciones de la teoría de sistemas, las exigencias del mundo de la vida, formuladas en un lenguaje normativo, parecerán meras variables dependientes. La lucha en torno a una creciente *des-moralización de los conflictos públicos* no ha hecho más que empezar. Ya no se parte de una concepción tecnocrática de la sociedad y la política. Cuando las sociedades se complejizan tanto que parecen un libro cerrado, lo único que cabe hacer frente al sistema es intentar orientarse. No obstante, los problemas a gran escala a los que se enfrentan las sociedades avanzadas actuales no podrán resolverse sin cierta sensibilidad ante las exigencias normativas, sin reintroducir consideraciones morales a la hora de debatir públicamente las cuestiones.

El debate clásico sobre la distribución de la riqueza en una sociedad basada en el trabajo cobró forma en torno a los intereses del capital y la mano de obra cuando cada una de las partes estaba en situación de amenazar a la otra. En última instancia, la parte menos favorecida podía recurrir a la huelga, es decir, podía negarse organizadamente a trabajar, con la interrupción del proceso productivo que ello suponía. Hoy las cosas han cambiado. El Estado del bienestar ha institucionalizado el debate sobre la distribución de la riqueza, de modo que la gran mayoría de los trabajadores se enfrentan a una minoría de grupos marginales que forman una masa he-

---

<sup>22</sup> U. Rodel, G. Frankenberg y H. Dubiel, *Die demokratische Frage*, Fráncfort, 1989.

terogénea y carecen de la posibilidad de amenazar con un embargo. Cuando no renuncian y se sumergen voluntariamente en la autodestrucción cayendo enfermos, ejerciendo la delincuencia o fomentando revueltas a ciegas para soportar su suerte, lo único que pueden hacer los marginados y los desfavorecidos es dar a conocer sus intereses emitiendo un voto de protesta. Sin el apoyo en las elecciones de una mayoría de los ciudadanos que se pregunten, y a los que se pregunte, si realmente quieren vivir en una sociedad dividida en la que todos los días tienen que cerrar los ojos ante los mendigos y los sin-techo, en ciudades que constan de *ghettos* y provincias desatendidas, los problemas de este tipo ni siquiera se convertirán en tópicos de un debate amplio y eficaz. No podemos realizar auto-correcciones dinámicas sin introducir a la moral en el debate, sin universalizar los intereses desde un punto de vista normativo.

### *La reacción ante el cambio en las prioridades culturales*

En una sociedad multicultural debemos volver a este modelo asimétrico en relación no sólo a los conflictos que surgen en torno a cuestiones como el asilo o el estatus de las minorías. Es la misma falta de simetría la que marca las relaciones que establecen las sociedades industriales avanzadas con las naciones en vías de desarrollo y el medio ambiente. En el peor de los casos, los continentes subdesarrollados podrían amenazar a las naciones desarrolladas con una inmigración masiva, el azaroso juego del chantaje nuclear o la destrucción del equilibrio ecológico mundial; la naturaleza sólo puede amenazar con pequeñas bombas de relojería. Se trata de un modelo basado en la impotencia, que incrementa las posibilidades de que se cree una situación en la que se pueda ocultar un problema que sólo cobre urgencia lentamente y se dilate la adopción de medidas hasta que ya sea demasiado tarde. La única forma de lidiar con este tipo de problemas es analizándolos moralmente, universalizando los intereses de forma más o menos discursiva en aquellos foros de las culturas políticas liberales a los que aún no se ha despojado de todo su poder. En cuanto reconozcamos que seguimos en peligro queremos pagar, por ejemplo, el precio de cerrar la obsoleta central nuclear de Greifswald. El análisis moral o ético nos ayudará a percibir que nuestros intereses están interrelacionados con los de los demás y a apreciar mejor los vínculos de largo alcance y, a la vez, menos apremiantes o frágiles que unen el destino de un individuo al de todos los demás, convirtiendo hasta a la persona que nos es más ajena en un miembro de nuestra comunidad.

Los grandes problemas de hoy también recuerdan la cuestión de la distribución de la riqueza por otras vías. Exigen el mismo tipo de política, capaz de reprimir y de cuidar. Como bien ha señalado Hans Magnus Enzensberger, las revoluciones actuales dramatizan este tipo de políticas. Primero fue la mayoría de la población la que adoptó un cambio de actitud latente; después se hundió el sólido suelo de la legitimación bajo los pies del socialismo; debido a este corrimiento de tierras, lo que queda del sistema es una ruina que hay que dismantelar o reconstruir. Tras el éxito de la revolución ha

surgido una política introvertida y suplicatoria: una política de desmovilización y reconstrucción industrial.

Lo que nos permite formular esta metáfora es que en Alemania del Este tuvo lugar una transformación parecida en la década de 1980. El uso de misiles de alcance medio se consideró una imposición tan intolerable que fue la gota que colmó el vaso, convenciendo a la mayoría de la población de lo carente de sentido y autodestructiva que era la carrera armamentística. Fue entonces cuando se inició en la Cumbre de Reykjavik (y no pretendo sugerir que exista una relación directa entre ambas cosas) el giro hacia la política de desarme. El cambio en las prioridades culturales que dio lugar a este vacío de legitimidad no se expresó sólo a nivel subcutáneo, como en los nichos privados del socialismo de Estado, sino también en público, a veces incluso por medio de las mayores manifestaciones masivas que se habían visto nunca en Alemania del Este. Es un buen ejemplo de proceso circular en el que un cambio de valores latente, causado por los sucesos del día a día, puede dar lugar a procesos de comunicación pública, cambios en los parámetros constitucionales para la formación de la voluntad política democrática e impulsos hacia nuevas políticas de desmovilización y reconstrucción industrial que, a su vez, se alimentan de las prioridades cambiantes.

Los grandes retos del siglo XXI serán de un orden y una magnitud tales que exigirán una respuesta de las sociedades occidentales que no podremos dar ni poner en práctica sin una universalización de intereses radical y democrática y sin la ayuda de instituciones pensadas para la formación de la opinión pública y la voluntad política. La izquierda socialista aún tiene un papel que desempeñar y una función política que cumplir en esta arena. De ella puede salir el fermento que dé lugar a un proceso de comunicación política que prevenga el agostamiento del marco institucional de la democracia constitucional. La izquierda no comunista no tiene razón alguna para desesperarse. Bien pudiera ser que muchos intelectuales de Alemania del Este tengan que adaptarse a una situación en la que la izquierda de Europa Occidental se encuentra hace décadas y transformar las ideas socialistas en una autocrítica radicalmente reformista de la sociedad capitalista que, en forma de democracia constitucional con sufragio universal y un sistema de bienestar, no sólo ha desarrollado debilidades, sino también puntos fuertes. Tras la bancarrota del Estado socialista, éste es el ojo de la aguja por el que todos debemos pasar. *Este* socialismo sólo desaparecerá cuando carezca de objeto de crítica, puede que en un momento en que la sociedad en cuestión haya alterado tanto su identidad que considere que también hay que tomarse muy en serio todo lo que no puede expresarse en un precio que haya que pagar. La esperanza de que la humanidad se emancipe de una tutela autoimpuesta y unas condiciones de vida degradantes no ha perdido fuerza, pero se ha entreverado con una fuerte conciencia de nuestra falibilidad. La historia nos enseña que ya habríamos hecho bastante si lográramos preservar el equilibrio que conduce a una existencia tolerable para unos pocos afortunados, sobre todo si pudiéramos lograr algo similar en otros continentes totalmente asolados.

## ¿EL SECTOR FINANCIERO COMO CLASE?\*

Entre el torrente de libros sobre el cataclismo financiero de 2008 y la «gran recesión» noratlántica, esta importante nueva contribución procedente de París destaca como un faro analítico. Mucho se ha escrito sobre los mecanismos que permitieron que una burbuja gigante de titulizaciones estallara dentro del sistema financiero hipertrofiado. Pero Gérard Duménil y Dominique Lévy son siempre conscientes de un punto sobre el que habrían insistido Marx y Keynes: las crisis sistémicas son generadas por las contradicciones internas de la economía capitalista misma. *The Crisis of Neoliberalism* aún una visión comparativa a largo plazo de las crisis del capitalismo –las de la década de 1890, la de 1929, la de la década de 1970 y la de 2008– y de las sucesivas «salidas de la crisis», con una disección detallada y llena de datos de las evoluciones de la última década: el «nuevo» sector financiero, los crecientes desequilibrios globales, la burbuja inmobiliaria estadounidense, la «onda sísmica» del proceso de extensión de la crisis y las medidas de rescate puestas en práctica por el Tesoro y la Reserva Federal estadounidenses. Duménil y Lévy concluyen con una comparación de las secuelas de 1929 y 2008, una evaluación de la importancia de la crisis para la hegemonía estadounidense y algunos serios pronósticos sobre el orden social y económico que es probable que surja a raíz de la misma. Los autores aspiran a ejercer una influencia parecida a la de *El capital monopolista* hace cuarenta años –y de mi lectura deduzco que la merecen–. Como *El capital monopolista*, el marco analítico de *The Crisis of Neoliberalism* usa algunas categorías y lenguaje marxianos, pero vivificado con elementos (a menudo implícitos) de Veblen, Chandler, Galbraith, Keynes y Polanyi. El resultado es un enfoque sumamente particular –y convincentemente radical–, que exige una verdadera atención.

Los autores, profesores investigadores en el Centre Nationale de la Recherche Scientifique de París, una institución pública, son más conocidos en el mundo angloparlante por su *Capital Resurgent* de 2004 –publicado originalmente en Francia en 2001 con el título de *Crise et sortie de crise* (rese-

---

\* Gérard Duménil y Dominique Lévy, *The Crisis of Neoliberalism*, Cambridge, Harvard University Press, MA, 2011, 391 pp.

ñado por John Grahl en la *NLR* 9). En ese libro trazaban una periodización en tres fases del capitalismo moderno desde su surgimiento a partir de las crisis de la década de 1890, junto con una teoría idiosincrática de la lucha de clases a tres bandas, que en cierto modo recuerda la de Veblen, en la que intervienen los capitalistas («las finanzas»), una clase de directivos y las «clases populares», donde los directivos corresponden a los ingenieros de Veblen. En este libro anterior, Duménil y Lévy sostenían que la «solución» capitalista de la crisis de la década de 1890 implicó la creación de un sector financiero a gran escala y de corporaciones y cárteles gestionados profesionalmente; en el proceso, la propiedad capitalista se vio separada de la gestión empresarial cotidiana, de tal suerte que una amplia clase capitalista rentista, propietaria de acciones en múltiples sectores, se diferenció de una nueva clase de directivos y tecnócratas profesionales.

El resultado, desde 1900-1929, fue la «primera fase de hegemonía financiera», entendiéndolo por ello que las finanzas estaban al mando: no había controles sobre las fracciones superiores de la clase capitalista y de las instituciones financieras a gran escala, o de su capacidad de dirigir. Sin embargo, su jefatura, y la actividad frenética de financiarización, especulación y autoenriquecimiento que ésta implicaba, provocó el crac financiero de 1929 y la Gran Depresión. La gravedad de la crisis de la década de 1930 ofreció oportunidades de aumento de la autonomía de los directivos, en alianza con las clases populares, lo que se puso de manifiesto con el New Deal. Esto fue el prelude del periodo del compromiso de postguerra, acompañado de poderosos movimientos obreros, que duró hasta la década de 1970 y que se tradujo en aumentos salariales, pleno empleo y el Estado del bienestar. Pero, a su vez, este acuerdo entró en crisis en la década de 1970, con un descenso de las tasas de ganancia y una creciente inflación. En ese momento, las finanzas aprovecharon la oportunidad para inaugurar una segunda fase de la hegemonía financiera: el neoliberalismo, sostenían Duménil y Lévy en *Capital Resurgent*, se vio impulsado por la búsqueda de una maximización de la ganancia por parte de las capas capitalistas superiores, en alianza con la clase directiva. Las políticas públicas y corporativas que promovieron aceleraron el ascenso de un modelo económico dirigido por las finanzas (financiarización) y un régimen de liberalización del comercio y de los movimientos internacionales de capital (globalización), que aseguró aumentos espectaculares de la riqueza y la renta para las elites.

En su última obra, *The Crisis of Neoliberalism*, Duménil y Lévy reiteran y extienden ese modelo histórico, centrándose por encima de todo en la economía estadounidense y en el «neoliberalismo bajo hegemonía estadounidense». La crisis, sostienen, no es sólo un resultado de una desregulación financiera mal gestionada; es el resultado de contradicciones intrínsecas a la trayectoria de la economía estadounidense bajo esta dirección de clase. «La expansión ilimitada de las demandas de las clases superiores», escriben Duménil y Lévy, «empujaron a los mecanismos hasta y, finalmente, más allá de la frontera de la sostenibilidad». Sostienen que la cúspide de los capitalistas y sus aliados directivos han emprendido una insaciable «búsqueda de

altos ingresos» para financiar sus modos de vida cada vez más opulentos. Desde el punto de vista de quienes lo impulsaron, cabe decir que el programa puede ser considerado un éxito. Por ejemplo, el 1 por 100 superior de las familias estadounidenses dispone de más del 20 por 100 de la renta, en comparación con sólo un 9 por 100 en la década de 1970. Hay que señalar que lo consiguieron aumentando sus niveles retributivos –los salarios y las primas crecientes de los altos directivos y representantes de las corporaciones–, en lugar de ampliar la participación de las ganancias en el PIB. De ahí la tasa de inversión desfalleciente: Duménil y Lévy calculan que, después de 25 años de neoliberalismo –y a pesar de la efímera recuperación durante la segunda mitad de la década de 1990– el *stock* de capital fijo en la economía estadounidense es un 32 por 100 más bajo de lo que lo hubiera sido si se hubieran mantenido las tasas de inversión anteriores. Cuando las corporaciones no financieras se endeudaban, lo hacían cada vez más no con propósitos de inversión, sino para la readquisición de sus propias acciones, al objeto de beneficiar a sus propias posiciones bursátiles.

Así, pues, el resultado macroeconómico ha sido una tasa descendente a largo plazo de gasto inversor en el núcleo productivo de la economía, junto a un aumento del consumo, impulsado por el gasto en bienes suntuarios de los más ricos, pero también por un creciente endeudamiento de las familias, que Duménil y Lévy interpretan como una extensión del «compromiso neoliberal» originario entre los capitalistas más ricos y la clase directiva, al objeto de incluir «a los estratos superiores de los asalariados». La consecuencia fue un enorme aumento de los déficits comerciales estadounidenses, financiados por el endeudamiento externo a una escala sólo posible para la principal potencia imperialista del mundo, con el dólar como divisa de reserva. Al mismo tiempo, las ambiciones globales del sector financiero, junto con la ideología del neoliberalismo abrazada por la clase directiva, dictaron la desregulación del comercio internacional y de los mercados de capital: los fondos fluyen al extranjero en vez de buscar una inversión productiva doméstica. A la larga, esta trayectoria trajo consigo tanto «una desterritorialización de la producción de mercancías» como «una penetración gradual de capital extranjero dentro de las esferas del capital nacional», lo que no deja de suscitar preguntas acerca del futuro de la hegemonía estadounidense. A corto plazo, los desequilibrios macroeconómicos, por encima de todo la deuda de las familias, amenazan con desestabilizar las frágiles estructuras financieras que se habían multiplicado bajo el neoliberalismo, sobre todo tras el crac de las «punto com» en 2000, con el crecimiento exponencial de la titulización y de la contratación de productos derivados.

Las partes centrales de *The Crisis of Neoliberalism* rastrean esta trayectoria posterior a 2000, desde la burbuja inmobiliaria a la crisis financiera. Analizando las diferentes componentes de la demanda final en las tasas de crecimientos oscilantes después de la recesión de 2000-2001, Duménil y Lévy confirman que el motor de la recuperación (tal como se dio) fue una ola de inversión residencial, posibilitada por un aumento repentino de los créditos hipotecarios, que a su vez estaban respaldados por la titulización y los se-

guros de impago, mientras que los bajos tipos de interés de la Reserva federal «alimentaban la ola». Sin embargo, desde 2004, sugieren que cada vez más la FED estaba «perdiendo el control del timón en tiempos de tormenta»; cuando Greenspan intentó invertir el rumbo en 2004, los funcionarios de la FED descubrieron el fracaso de un mecanismo que anteriormente se consideraba de confianza: el vínculo entre el tipo de interés a corto plazo del mercado de dinero que ella controla y los tipos de interés a largo plazo de los mercados de capital que gobiernan la inversión residencial y empresarial. Su capacidad de influir en los tipos de interés a largo plazo, y por ende la eficacia de la política monetaria en cuanto tal, se vio dañada por el torrente de inversión extranjera que se volcó sobre Estados Unidos desde China y Japón —parte integrante, sostienen Duménil y Lévy, de la reestructuración financiera global llevada a cabo por el neoliberalismo bajo la hegemonía estadounidense.

Los autores demuestran, entonces, cómo el reflujo de la ola hipotecaria destabilizó la frágil estructura «financiera-global», dando comienzo al desencadenamiento de la crisis desde el final de la burbuja inmobiliaria a principios de 2006. El libro ofrece un análisis detallado de la «onda sísmica» que se extendió por el sector financiero, desde la crisis de liquidez en el mercado interbancario en agosto de 2007 hasta el comienzo de la crisis global en septiembre de 2008. Duménil y Lévy no ven ninguna contradicción para el neoliberalismo en la enorme intervención estatal para respaldar al sector financiero dañado:

El neoliberalismo no consiste en unos principios o una ideología, sino en un orden social que pretende asegurar el poder y la riqueza de las clases superiores [...] Considerado desde este punto de vista, no hubo cambio de objetivos. En el neoliberalismo, el Estado (entendido aquí en un sentido amplio para incluir a los bancos centrales) siempre trabajó en favor de las clases superiores. El tratamiento de la crisis no constituye ninguna excepción, sino que lo único que varía son las circunstancias y, por lo tanto, los instrumentos utilizados.

Duménil y Lévy ofrecen una exposición detallada de los pasos adoptados por la Reserva Federal hasta marzo de 2010, seguida de un análisis de las tendencias evidentes en los principales componentes de su balance de resultados; ésta muestra el enorme aumento en sus valores en cartera de bonos del Tesoro estadounidense, incluso a medida que descendían sus préstamos a las instituciones financieras estadounidenses. Tal como ellos resumen: «Los segmentos tradicionalmente decisivos del funcionamiento del sistema financiero estadounidense siguen sin estar asegurados por los denominados mercados», sino que dependen del apoyo estatal.

De haber un precedente de la crisis actual, sostienen los autores, no cabe duda de que es la de 1929. La penúltima parte de *The Crisis of Neoliberalism* ofrece un útil estudio de las distintas interpretaciones de la Gran Depresión, junto con una evaluación de las políticas —y la política— del New Deal. Duménil y Lévy reiteran aquí su tesis de «la tendencia a una creciente ines-



tabilidad» bajo la hegemonía financiera, que desarrollaron por primera vez en su libro *La dynamique du capital: Un siècle d'économie américaine*, como una explicación del crac de 1929 y los años posteriores, con obvias resonancias para su análisis de hoy en día. Contiene cuatro propuestas: (i) el avance de los mecanismos directivos y financieros contribuye gradualmente a la inestabilidad potencial de la macroeconomía; (ii) esta tendencia requiere la mejora gradual de los marcos reguladores y las políticas macroeconómicas; (iii) siempre hay resistencia a esa regulación correctora; (iv) la corrección se lleva finalmente a cabo, pero sólo después de la crisis, «de tal suerte que la violencia de la perturbación es el motor del ajuste necesario».

Así, pues, ¿cuál es la perspectiva actual? Habida cuenta de la profundidad de la crisis del neoliberalismo, así como la perspectiva de declive de la posición mundial de Estados Unidos si ésta continúa, Duménil y Lévy piensan que es probable que emerja una nueva configuración del poder en la próxima década. Aplicando su análisis de las tres clases sugieren que el reajuste traerá consigo que los directivos afirmen su autoridad imponiendo algún tipo de orden en el caos neoliberal (de nuevo, como los ingenieros de Veblen). Esto podría producirse en alianza con las clases populares, reconstituyendo la alianza del New Deal; pero dependería de la fuerza y la determinación de la clase trabajadora y de sus organizaciones. Lo más probable, piensan, sería una afirmación de la hegemonía de los directivos dentro de la presente alianza capitalistas-directivos —una solución tecnocrática sin precedentes históricos, que denominan «neogerencialismo»—. El programa para este nuevo bloque de clase dominante implicaría un «reforzamiento de la economía estadounidense en el territorio estadounidense», restricciones de los movimientos comerciales y de capital y un sector financiero al servicio de la economía no financiera. Aunque esto implicaría «un grado de contención» de los intereses capitalistas, advierten Duménil y Lévy, significaría también el fin del Estado del bienestar y un estancamiento constante de la capacidad adquisitiva del grueso de los asalariados. Pero el contenido exacto de la nueva configuración de poder dependerá de las luchas sociales venideras.

De todos modos, *The Crisis of Neoliberalism* es un punto de referencia obligado en los debates posteriores a la crisis. ¿Cómo cabe evaluar su interpretación? En primer lugar, Duménil y Lévy tienen, desde luego, razón cuando insisten en la importancia de la enorme redistribución de riqueza que ha tenido lugar durante el periodo neoliberal. Por supuesto, ésta es una historia conocida, que se suele presentar con un trasfondo moralizador. Pero no se trata sólo de injusticia; se trata también de disfunción. Esta redistribución tiene su origen en la divergencia entre los salarios reales y la productividad: en Estados Unidos, los salarios reales se han estancado o directamente han bajado para la mayoría de los trabajadores desde 1980, mientras que su productividad continúa aumentando. Hemos vuelto al mundo gráficamente descrito en las exposiciones de Marx acerca de la producción de plusvalor relativo —donde la productividad aumenta más rápido que los salarios— y de plusvalor absoluto: más horas por los mismos salarios. Pero el capita-

lismo inmaduro que Marx estudió habría traducido con bastante probabilidad esas redistribuciones hacia arriba en un aumento de la inversión; una opción ilustrada por el crecimiento espectacular de China en las últimas décadas. En cambio, el capitalismo neoliberal ha frenado, de hecho, la inversión en favor del valor para el accionista. Las *stock options*, la revolución del accionista, así como el crecimiento de grandes fondos comunes de capital financiero en pensiones, seguros, fondos de capital riesgo [*private equity*] y fondos de inversión libre, han conspirado conjuntamente para forzar a los directivos a distribuir las ganancias de sus empresas a los poseedores de activos patrimoniales mediante mayores repartos de dividendos, intereses sobre los préstamos y readquisiciones de acciones.

Los ideólogos neoliberales prometieron una asignación de capital más eficiente, que generaría un dinamismo del crecimiento y de la prosperidad. Durante un breve periodo en la década de 1990, una oleada temporal de inversiones en tecnologías de la información hizo que esto pareciera plausible; pero la ola se retiró hace más de diez años. El capitalismo contemporáneo sufre de una escasez crónica de inversión y de una mala asignación de capitales a escala global. El sistema financiero, lejos de facilitar el crecimiento real –un papel que los bancos desempeñaban, efectivamente, en épocas anteriores del capitalismo–, impide en realidad el desarrollo del capitalismo y promueve la desindustrialización del núcleo de países de capitalismo avanzado. Esto se puso de manifiesto por encima de todo en vísperas de la Gran Recesión. Siguiendo la línea de la frontera entre placas tectónicas, las tensiones internas se presentaron en la tasa de inversión empresarial, desastrosamente baja, durante la recuperación de 2001-2007. Durante este periodo, Greenspan y Bernanke trataban desesperadamente de impedir que Estados Unidos siguiera los pasos de Japón y cayera en una trampa de deflación. Pero a pesar de sus tipos de interés reales, cercanos a cero, una recuperación impulsada por la inversión los esquivó, aunque las ganancias, en lo que atañe tanto a las rentas como al capital, eran fuertes. De hecho, en la producción industrial el *stock* de capital se contrajo por primera vez desde la Depresión, prueba acusada de desindustrialización. En cambio, la Reserva Federal consiguió una expansión insostenible, impulsada por la construcción, y una burbuja de los precios de la vivienda alimentada por entradas de capital procedentes de los países de la costa del Pacífico, canalizadas a través de un sistema bancario en la sombra [*shadow banking system*] hechizado por las finanzas estructuradas y la titulización.

Al parecer, los funcionarios de la Reserva Federal –aunque no el propio Bernanke– están volviendo ahora a la hipótesis de inestabilidad financiera de Hyman Minsky en sus análisis retrospectivos de lo que no funcionó. Pero la idea de Minsky de un ciclo de altibajos en los mercados de activos, impulsado por olas de exuberancia o desesperación entre banqueros y presatarios, excluye el papel funcional que desempeñaron las burbujas del precio de los activos, mientras duraron, a la hora de hacer un buen uso de las insuficiencias del modelo neoliberal. Si falla el reconstituyente tradicional de la acumulación de capital, debe asegurarse alguna fuente alternativa de

demanda, de lo contrario el sistema se hunde en el estancamiento. Las sucesivas burbujas en los mercados de valores y de la vivienda alimentaron la demanda de los consumidores, en primer lugar entre aquellos lo bastante ricos para poseer cantidades considerables de activos y luego entre los propietarios de casas que eran capaces de sacar provecho de la revalorización inmobiliaria. Habría estado en manos de la FED o de otros organismos reguladores atenuar esas burbujas. Pero, en la medida en que las contradicciones subyacentes hubieran seguido intactas, se habrían expresado bajo una u otra forma de turbulencia financiera. Eso es lo que define una crisis.

Ahora bien, ¿qué tipo de crisis? La divergencia de las interpretaciones en la izquierda acerca de la conmoción actual es casi tan amplia como la que rodea a la Gran Depresión. Algunos, como Robert Brenner, insisten en que el problema sigue siendo la rentabilidad en condiciones de exceso de capacidad. Para los keynesianos estructurales, el problema es la demanda y la solución consiste en volver a unir los salarios a la productividad —un crecimiento impulsado por los salarios—. Desde un punto de vista marxiano, ésta es una crisis de realización. Sin embargo, Duménil y Lévy se resisten a esa descripción, sosteniendo que la crisis «no es consecuencia de una falta de demanda, la expresión de la insuficiente capacidad adquisitiva de los salarios». Por el contrario, insisten, es el resultado del «exceso de la capacidad de consumo, concomitante de una infracumulación»; y, sobre todo, del exceso de consumo de las elites. Esta posición depende de que el gasto de consumo de las elites se materialice de modo fehaciente. Sin embargo, las pruebas que citan Duménil y Lévy —un estudio de los economistas de la Reserva Federal Maki y Palumbo— sugiere que fue precisa la burbuja bursátil de la década de 1990 para impulsar el consumo de las elites; parece razonable indicar que la burbuja inmobiliaria de la década de 2000 desempeñó un papel similar. Sin esas fuentes de demanda, el problema de realización subyacente habría salido a la superficie.

La ausencia de una recuperación en forma de «V» en la mayor parte de los países del núcleo capitalista avanzado es una prueba adicional de que estamos ante una crisis estructural. No tenemos el «problema del magneto», que, a juicio de Keynes, podía resolverse mediante un arreglo esencialmente técnico, utilizando las políticas monetaria y fiscal para reactivar la economía. Al mismo tiempo, Duménil y Lévy están seguramente en lo cierto cuando señalan que las ortodoxias neoliberales continúan manejando el «rescate». En parte, esto se expresa en la prima depositada en el control de la inflación al objeto de que ésta no merme los rendimientos del capital financiero. Entre los funcionarios de la FED, siempre como generales que libran la última batalla, ya corre el rumor acerca de la necesidad de refrenar parte de la liquidez que se vieron obligados a crear. Mientras tanto, las quejas sobre «el peso de la deuda» se escuchan cada vez más alto. Hay un paralelismo poco sutil entre el agotamiento de capital productivo, impuesto por el mercado de capitales neoliberal, y el agotamiento del sector público —incluyendo la educación, la sanidad, la investigación básica y las infraestructuras— impuesto por el mercado de bonos y sus ortodoxias. Los esfuerzos del Te-

soro y de la Reserva Federal se han dirigido en gran medida al rescate de las instituciones financieras que provocaron la crisis —un sistema que los chinos han dado en llamar «socialismo con características estadounidenses». La ley Dodd-Frank no fue más que un pequeño paso respecto a lo que hace falta para devolver a los bancos —incluido el sector bancario en la sombra, ignorado en gran medida por la ley Dodd-Frank— a una categoría de servicio público, que permita que sirvan a la economía real tan fielmente como, por ejemplo, una red eléctrica. No obstante, resulta irónico que, habida cuenta del papel central de las burbujas de los precios de los activos a la hora de disimular sus contradicciones internas, a corto y medio plazo es probable que la verdadera reforma financiera empeore el rendimiento del capitalismo estadounidense. En la próxima década, el resultado más probable es el estancamiento.

El marco comparativo-histórico que presentan Duménil y Lévy ofrece un punto de partida inestimable para considerar lo que habrá de venir a continuación. Los últimos dos periodos de crisis, la década de 1930 y la de 1970, fueron ambos incubadores de nuevas formas de capitalismo; asimismo, fueron tipos de crisis muy diferentes. La de la década de 1970 fue, por encima de todo, una crisis de rentabilidad, provocada por una confluencia de factores que incluía el exceso de acumulación, un repunte de los precios de las materias primas y el agotamiento del paradigma tecnológico imperante. Hizo que las clases dominantes pusieran en tela de juicio el consenso de postguerra sobre el pleno empleo y el capitalismo dirigido y se unieran en torno a las políticas y la ideología que se transformarían en el capitalismo neoliberal. De esta suerte, los momentos definitorios del nacimiento de la nueva era —la sacudida de los tipos de interés de Volcker, que hundió a la economía mundial en una de las recesiones más profundas desde la Depresión, y el despido de los trabajadores del sindicato de controladores aéreos PATCO por parte de Reagan— apuntaban tanto a disciplinar a los trabajadores como a estabilizar la tasa de beneficio. Aquí reside una respuesta potencial al análisis estructural keynesiano. Continuar con el modelo de capitalismo de postguerra no era una alternativa, porque éste no podía abordar, bajo las condiciones históricas que imperaban alrededor de 1980, el problema subyacente de la rentabilidad. Pero, como hemos visto, resolver un tipo de crisis capitalista —de rentabilidad— no hizo sino crear las condiciones para que otra saliera a la superficie, tanto si la consideramos como una crisis de «hegemonía financiera», como Duménil y Lévy, o de «realización».

¿Y qué hay de las predicciones de Duménil y Lévy? Finalmente, tendrá que surgir un nuevo modelo postneoliberal, si bien cabe discutir si cobrará la forma de la alianza neogerencial que describen. A este respecto, se plantea la siguiente pregunta —tanto para Duménil y Lévy como para Veblen, que tuvo una idea parecida—: ¿qué moverá a la clase directiva a morder la mano que ha estado dándole de comer? O, tal como lo plantea *The Crisis of Neoliberalism*: ¿se mostrarán reacios los directivos a dañar los intereses de sus «primos» sociales? Duménil y Lévy apuntan al patriotismo como un posible motivo —el deseo de conservar el poder comparativo del país—. Pero parece

improbable que esto sirva de revulsivo para nuestros incipientes ingenieros veblenianos. Cabe pensar que las clases populares están mejor preparadas para luchar contra un periodo de estancamiento y malestar, mientras que las elites estadounidenses y europeas se esfuerzan en mantener con vida el proyecto neoliberal, a costa de una agenda política duramente reaccionaria. ¿Y qué hay de una nueva variante del modelo New Deal / Estado del bienestar? En la exposición de Duménil y Lévy, los trabajadores y los directivos formarían un pacto implícito para perseguir objetivos –crecimiento, cambio técnico, regulación efectiva– más amplios que el objetivo de maximizar el valor para el accionista (y aquí es donde entran en escena Chandler o Galbraith). Los problemas políticos a los que se enfrenta una alianza de este tipo resultan bastante obvios: en la década de 1930 el movimiento obrero internacional era lo bastante fuerte como para poner en tela de juicio el capitalismo mismo; los cargos directivos de hoy en día antes convocarían a las fuerzas antidisturbios contra las «clases populares» que plantearse un programa conjunto con ellas.

Sin embargo, dejando de lado tales consideraciones políticas, ¿podría funcionar hoy esa estrategia económica? El punto de vista keynesiano es que volver a unir los salarios a la productividad superará la escasez crónica de demanda y entonces todo volverá a su sitio, mediante una especie de ley de Say invertida: la demanda crea su propia oferta. Sin embargo, aunque mejoraran los problemas de la demanda agregada, es improbable que se presenten de nuevo las condiciones tecnológicas favorables del periodo de postguerra. De resultados de ello, la rentabilidad se convertiría en una limitación más relevante para la inversión privada. Los directivos y los accionistas tendrían que ser convencidos de reducir sus expectativas, o tal vez se demostraría necesario el recurso a alguna versión de la «socialización de la inversión» de Keynes. En este caso, el Estado tendría que convertirse en una fuente importante de inversión pública, I + D y demanda; el cambio climático y el agotamiento de los recursos hacen que esto sea algo más que una posibilidad académica. Sin un grado de intensidad política comparable con el de la década de 1930, cuesta ver cómo podrían concretarse opciones de este tipo. Pero costaría aún más si viéramos las cosas desde la perspectiva de 1929. Los jóvenes trabajadores o estudiantes que han tenido la desgracia de entrar a formar parte de la mano de obra durante la Gran Recesión tendrán necesidad de una educación muy amplia en la historia de las crisis capitalistas si quieren empezar a construir una salida alternativa de la presente crisis. Este libro debería contribuir a esa labor.